



có allí con los principales señores y una buena parte de sus tropas, y se fué por mar á la Palestina, donde Conrado había ya llegado. Pero los socorros que él llevaba al rey Boduino III eran insuficientes. La expedición dirigida contra la ciudad de Damasco fué completamente desgraciada. Los dos soberanos no permanecieron mucho tiempo en la Palestina; el reino de Jerusalem quedó abandonado á sus propias fuerzas; debió su salvación á los socorros que le prestaron las órdenes y las poderosas ciudades de Venecia, Génova y Pisa.

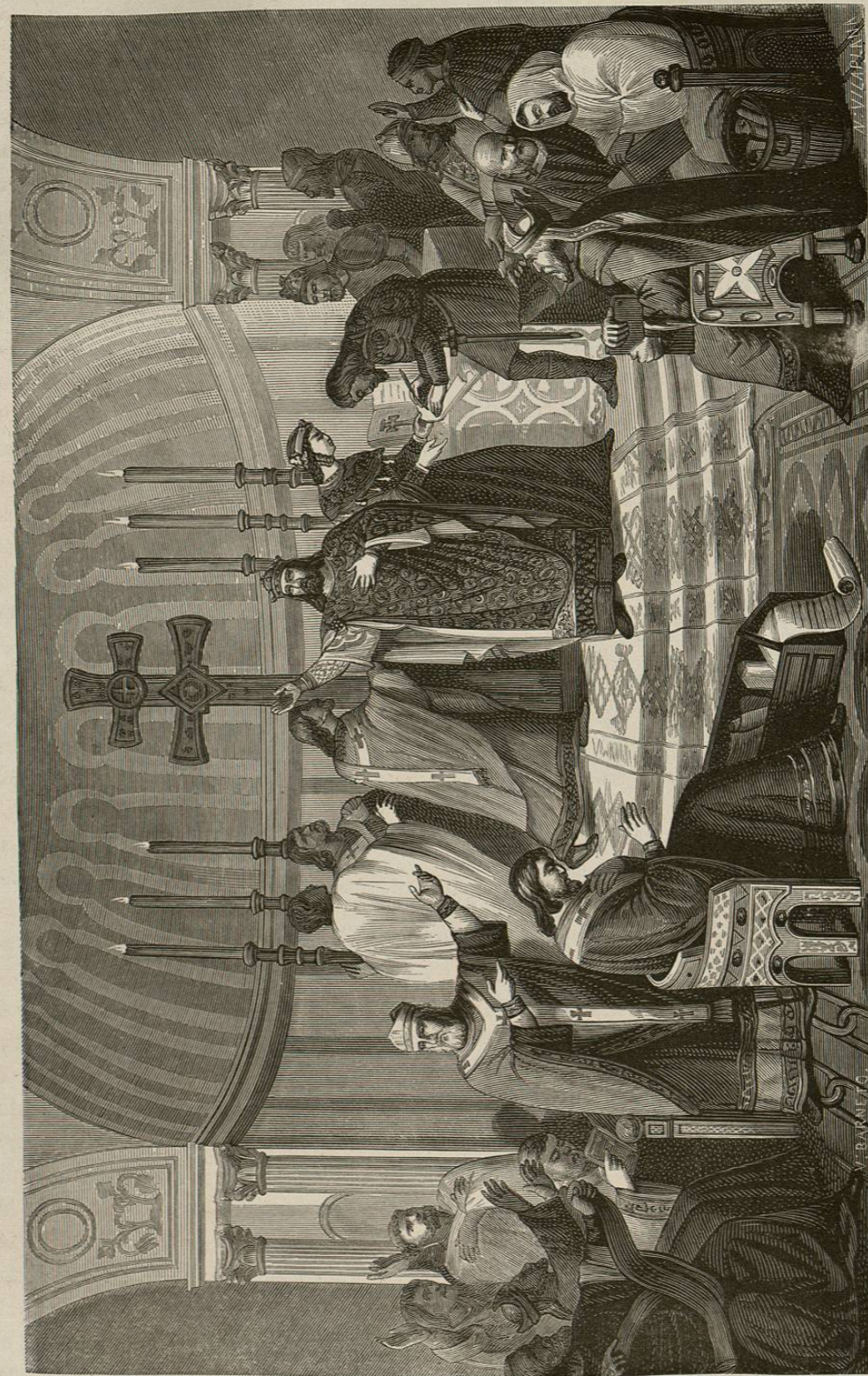
Después de la partida del emperador y del rey de Francia, estalló una guerra entre Boduino III y su madre Melisenda; ésta se vió obligada á renunciar al poder que había ejercido en nombre de su hijo; pero las luchas intestinas debilitaron el reino de Jerusalem, hasta el punto de no poder ya resistir á los turcos. Nuredino se hizo dueño de Damasco, cuyo sultán había hecho nuevamente alianza con los cristianos; hizo después la conquista de Telbachers, y se apoderó de la parte más importante de las posesiones del príncipe de Antioquia; atacado al mismo tiempo por los griegos, Rinaldo de Antioquia se vió obligado á reconocer la autoridad del emperador Manuel. Boduino III perdió hácia el fin de su reinado las comarcas situadas al E. del Jordan, que fueron conquistadas por Nuredino, y dejó el trono á su hermano Amauri, conde de Jafa.

En Egipto estalló una guerra, pasando la autoridad de los califas fatimitas á manos de sus visires, y retardándose con este motivo la caída del reino de Jerusalem por algun tiempo. Nuredino y Amauri tomaron una parte muy activa en este suceso; y este último, que se distinguía por su valentía, estuvo á punto de hacerse dueño del Egipto, cuando fué vencido por las armas y por las intrigas de su poderoso adversario. Saladino, que había acompañado al Egipto á su tío Chinkuk, general de Nuredino, llegó á ser nombrado visir por el califa del Cairo, y gobernó el Egipto con entera soberanía, después de la muerte del último califa Aded-Ledinillah. Nuredino y Amauri murieron, y un vasto campo se abrió á la vista del jóven Saladino.

Boduino IV, hijo único de Amauri, era edad de trece años á la muerte de su padre, se encontraba atacado de la lepra oriental, enfermedad que le hacía incapaz de gobernar. Hizo casar á su hermana mayor, Sibila, con el conde Guillermo de Monferrato, y muerto éste dos años después, Boduino obligó á su viuda á que se casara con Guido de Lusignan. Pero los señores del reino de Jerusalem no quisieron respetar la autoridad de Guido, y el país cayó en una completa anarquía.

Saladino se aprovechó muy bien de esta anarquía. Ya había arrancado al hijo de Nuredino la herencia paternal, llegando á reunir bajo un cetro el Egipto, la Siria, una parte de la Palestina y la Mesopotamia: su autoridad era reconocida desde el Nilo hasta el Tigris. Guido de Lusignan se hizo coronar después de la muerte de Boduino V, hijo de Guillermo de Monferrato y de Sibila, y fué sostenido por la orden de los Hospitalarios. Saladino intervino desde luego en esta guerra en favor de Conrado, pero después atacó el reino de Jerusalem y aniquiló al ejército cristiano en la sangrienta batalla de Tiberiades. Marchó entonces contra la ciudad de Jerusalem, y la tomó por capitulación. Los cristianos no conservaron más que algunas ciudades marítimas de la Palestina, de donde también hubieran sido arrojados por Saladino, si una nueva cruzada no hubiese detenido el curso de las conquistas de este príncipe.

La toma de Jerusalem por los musulmanes despertó en Occidente el celo por las cruzadas. Los tres soberanos más poderosos, el emperador Federico Barbaroja, Felipe Augusto, rey de Francia, y el rey de Inglaterra Enrique II, tomaron la cruz; su ejemplo fué seguido por multitud de caballeros y señores, é inmensa muchedumbre de personas de todas las clases de la sociedad: más bien fué ésta una emigración de los pueblos de Occidente hácia el Oriente. Desgraciadamente los resultados no respondieron á estos inmensos esfuerzos; la mayor parte de las expediciones aisladas que partieron de casi todos los países de Europa para la Palestina, se desgraciaron antes de llegar á aquel país. Sin embargo, tres grandes ejércitos



CONCILIO DE TOLEDO PRESIDIDO POR RECARDO



se pusieron en pié de combate en Alemania, Francia é Inglaterra. El emperador Federico I partió el primero; gracias á las acertadas medidas que él habia tomado y á la buena disciplina que habia en todo su ejército, llegó al Asia Menor sin experimentar pérdidas de consideracion. El sultan de Iconio, que atacó al ejército imperial de improviso, fué derrotado y su residencia tomada por asalto; no obtuvo la paz sino mediante una fuerte suma de dinero. Federico habia llegado hasta la Cilicia, y Saladino en persona acababa de pedirle negociaciones, cuando una súbita muerte se llevó al emperador en medio de sus victorias; pereció en el rio Calicadno, que deseaba pasar á caballo y á nado. El ejército se desbandó entónces, y la mayor parte de los señores se volvieron á Europa. El duque Federico de Suabia, sobrino del emperador, tomó el mando; pero no pudo llevar á la Palestina más que un pequeño ejército de cinco mil hombres. Se presentó en el campamento de los cristianos á la vista de Acon, uno de los puertos más importantes de la Palestina. Pero el sitio de esta ciudad se fué prolongando á causa de las disensiones que reinaban entre los sitiadores, consecuencia de la rivalidad de Guido de Lusñan y de Conrado de Monferrato, y de la que existia entre los caballeros de la orden de los Hospitalarios y de los Templarios. Los caballeros del ejército aleman fundaron entónces una tercera orden militar, que tomó el nombre de orden Teutónica.

Ricardo Corazon de Leon, que acababa de suceder á su padre Enrique II, cumplió el voto hecho por este príncipe de emprender una cruzada. Reunió su ejército al de Felipe Augusto, y los dos príncipes fueron por mar á Sicilia, donde pasaron el invierno. Pero habiendo estallado algunas disensiones entre ellos, Felipe Augusto partió el primero y llegó despues de un feliz trayecto al campamento de los cristianos, delante de Acon. Ricardo Corazon de Leon, asaltado por una violenta tempestad, se vió obligado á detenerse en los puertos de la isla de Chipre, de la que se apoderó despues de haber destronado al soberano griego Isaac. Llegó al fin á la Palestina, y tomaron á Acon por asalto. Sin embargo, Ricardo, que se habia abroga-

do el derecho de arreglar la diferencia entre Guido de Lusñan y Conrado de Monferrato, declinándole en favor del primero de estos príncipes, descontentó por esto al rey de Francia, quien abandonó la Palestina con la mayor parte de su ejército. El rey de Inglaterra tomó entónces el mando del ejército cristiano, y marchó contra Saladino. Pero á pesar de su heroica valentía, que llenaba de admiracion á sus mismos enemigos, y á pesar de haber alcanzado várias victorias sobre ellos, no pudo tomar á Jerusalem á causa de las traiciones que tuvieron lugar en su propio ejército, y por las muchas disensiones que habia entre los cristianos de la Palestina. Se embarcó al fin para Europa, despues de concluir un armisticio con Saladino, obteniendo la promesa de que no habia de poner traba á las peregrinaciones de cristianos á Jerusalem. Poco tiempo despues tuvo lugar la muerte de Saladino, que fué seguida de grandes guerras, habidas entre sus hijos y hermanos. Ricardo, obligado por una tempestad á desembarcar sobre las costas del Mar Adriático, cayó en manos del duque Leopoldo de Austria, á quien habia ofendido cuando la toma de Acon, y le sujetó á una estrecha prision.

Los cruzados rindieron un inmenso servicio al emperador griego, librándole de los ataques de sus más terribles enemigos. Los turcos seldjucidas se veian en efecto obligados sin cesar á defenderse de los ejércitos de los cruzados, por lo que no pudieron pensar en extender su dominacion: todos sus esfuerzos se dirigian contra el reino de Jerusalem. Pero los emperadores de Constantinopla, en vez de aprovecharse de estas circunstancias y de unirse á los príncipes cristianos del Occidente contra los turcos, estorbaron más de una vez las expediciones emprendidas por estos príncipes, prestándoles sus hostiles intenciones despues que por sus propios ataques contra la principalidad de Antioquía contribuyeron á la decadencia del reino de Jerusalem.

Alejo I, que tan poca benevolencia habia mostrado á los primeros cruzados, trató de someter á su autoridad los príncipes cristianos de Antioquía; pero no lo consiguió, y fué



por otra parte vencido en varias batallas por los sultanes de Iconio, que se aprovecharon de las guerras que se hacían los cristianos para comenzar sus nuevos ataques contra el imperio griego.

Juan fué más afortunado que su padre Alejo; venció á los turcos y obligó al príncipe Raimundo de Antioquia á que reconociera su autoridad.

Murió en una expedición que emprendió con el fin de reunir definitivamente á su imperio las dos principalidades cristianas de Antioquia y de Edesa. Manuel I prosiguió sus proyectos; pero en tanto que combatía á los sultanes de Iconio, Nuredino, príncipe de Alep, hizo la conquista de Edesa y amenazó á la vez el imperio griego y el reino de Jerusalem. En vez de asociarse al emperador Conrado III y al rey Luis VII, Manuel contribuyó con sus intrigas á hacer desgraciada la segunda cruzada. Las victorias de Nuredino le obligaron al fin á concluir una alianza con el rey de Jerusalem Boduino III; pero el mezclarse con la república poderosa de Venecia, que tenía el monopolio del comercio en Constantinopla, preparó la caída de su trono. Grandes turbaciones estallaron á su muerte, que duraron hasta el advenimiento de Isaac II, por sobre nombre el Angel. Este príncipe no tenía la energía necesaria para restablecer la tranquilidad interior, y por defender el imperio contra los turcos de Iconio, llevaron á los griegos sus últimas provincias en el Asia Menor. Á pesar de estos reveses, trató de poner trabas á la cruzada emprendida por el emperador Federico I. Su hermano Alejo III le destronó, le puso en prisión y mandó que le sacáran los ojos. Este hecho fué una de las causas que contribuyeron á la caída de la dinastía griega en Constantinopla y á la fundación de un imperio latino en esta ciudad.

La guerra que acababa de estallar entre los hijos y hermanos de Saladino, ofrecía á los cristianos ocasión favorable para reconquistar el reino de Jerusalem. El emperador Enrique VI envió, á petición del papa Celestino III, un numeroso ejército al Oriente; pero su muerte repentina fué causa de que este ejército volviera

casi inmediatamente á Europa. Inocencio III hizo entonces predicar una nueva cruzada general. Fulques, sacerdote de Neuilly, como en otro tiempo Pedro de Amiens, recorrió la Francia, la Bélgica y la Italia, y consiguió que tomarán la cruz un gran número de señores. Los cruzados se dispusieron á marchar á la Palestina, embarcados en navíos que debía suministrar la república de Venecia. Pero la muerte del conde Teobaldo, de la Campaña, uno de los jefes de la expedición, les puso en la imposibilidad de respetar el compromiso á que se habían obligado con los venecianos. Estos se aprovecharon de esta coyuntura para tomar de nuevo, con ayuda de sus socorros, la ciudad de Zahra, en la Dalmacia, prometiéndoles que les transportarían gratuitamente á la Palestina. Á pesar del interés del príncipe griego Alejo, hijo del emperador destronado Isaac II, y del deseo que tenían los venecianos, determinaron los cruzados hacerse á la vela para Constantinopla. Llegados delante de esta ciudad, requirieron al usurpador Alejo III restableciera á su hermano Isaac sobre el trono, y por negarse á ello atacaron á la plaza. Alejo huyó é Isaac II ocupó el poder, que dividió con su hijo Alejo IV. Sin embargo, estalló una revolución contra estos príncipes cuando quisieron realizar la unión de la Iglesia griega con la Iglesia católica. Ambos murieron, y no habiéndoles podido salvar los cruzados, tomaron por asalto la ciudad de Constantinopla. Proclamaron emperador á uno de los jefes de la expedición, al conde Baduino IX, de Flándes y de Hainaut. Este nuevo imperio recibió el nombre de imperio latino. Pero la mayor parte de las provincias rehusaron reconocer la autoridad del nuevo emperador, y dieron origen á dos imperios griegos, uno en Nicea y otro en Trebisonda. Los emperadores latinos de Constantinopla, tan rodeados de enemigos, tuvieron que combatir sin cesar contra ellos, y terminaron por sucumbir en la lucha. Los venecianos fueron los únicos que se aprovecharon de esta conquista, porque ella les aseguró el monopolio del comercio sobre el Mediterráneo, y la pequeña república de Venecia se elevó entonces al rango de las primeras potencias de Occidente.



En tanto que luchaban cristianos y musulmanes en las comarcas occidentales de Asia, el interior de esta parte del mundo sufría un completo cambio. Las naciones nómadas que habitaban la Alta Asia, desde los más remotos tiempos pertenecen á dos razas diferentes: los tártaros y los mongoles. La lucha entre estas dos razas, y las revoluciones políticas, que eran la consecuencia, dieron sucesivamente lugar á la emigración de varios pueblos asiáticos hacia la Europa, tales como los hunos, los ávaros, los búlgaros y los turcos. Los grandes imperios que se formaban en Asia á consecuencia de estas revoluciones, no tuvieron más que una existencia efímera, por la vida nómada de estos pueblos.

A principios del décimotercero siglo Temuchin, jefe de una tribu mongola, reunió bajo sus banderas á los jefes de varias otras provincias, y tomando el título de Tehinguidn-Kan, es decir, jefe de los poderosos, inició sus prodigiosas conquistas. Sometió á su cetro toda la Alta Asia, desde los montes Urales hasta las fronteras de la China, penetró despues en este último país, y le hizo tributario. Volviendo despues sus armas contra los estados turcos del califato de Bagdad, derrocó el imperio de los turcos cowaesmianos y extendió su dominación hasta el monte Caspio. Sus generales hicieron la conquista de la antigua Persia y del mediodía de la Rusia, despues de una brillante victoria que consiguió sobre los príncipes rusos en las márgenes del Kalka. Temuchin murió en una segunda expedición á la China, dejando á su tercer hijo Ogotai el título de Tchinguiz-Khan y el poder supremo.

Las conquistas de los mongoles no quedaron estacionadas por la muerte de Temuchin. Mientras que Ogotai continuaba la guerra en la China, su sobrino Batu se hizo dueño de toda la Rusia: de aquí Batu llevó sus armas victoriosas contra la Polonia, derrotó un ejército alemán cerca de Leigniz, en Silesia, y devastó la Hungría en el espacio de un año. La muerte de Ogotai hizo necesaria su presencia en Asia. Cuyuc, hijo de este príncipe, heredó el título de Tchinguiz-Kan, y se hizo coronar solemnemente en Karaborum á presencia de

los jefes de todos los pueblos sometidos. Dos frailes franciscanos, Juan y Benito, enviados por el papa Inocencio IV, asistieron á esta ceremonia y tuvieron muy buena acogida por parte del soberano mongol, quien les permitió predicar el Evangelio. Cuyuc murió á la vuelta de un año, y su primo Mangu le sucedió en el trono. Bajo el reinado de este príncipe, que dió á su primo Batu la soberanía de los países conquistados en Occidente, los mongoles terminaron la conquista del Asia. Cubilai, uno de los hermanos de Batu, derrocó el califato de Bagdad despues de haber condenado á muerte al último califa abasida Abdallah IV, y penetró en la Siria y en Palestina, en tanto que Hologu, su segundo hermano, sometía la China y colocaba en el trono una dinastía mongola. Este inmenso imperio mongol, que se extendía desde el mar de la China hasta las fronteras de la Polonia, se dividió á la muerte de Mangu y formó cuatro grandes monarquías mongolas, á saber: 1.^a el imperio de la China, bajo la dinastía mongola de Yuen; 2.^a el imperio de los persas, bajo el cetro de Hulagu; 3.^a el imperio de Tchagatai, así llamado del segundo hijo de Temuchin, y que comprendía la principal parte de la Alta Asia.

Despues de la toma de Jerusalem por Saladino y resultado desgraciado de la tercera cruzada, las posesiones de los cristianos en la Palestina se hallaban reducidas á las costas marítimas. Todo el resto del país obedecía á Malec-Adel, hermano, que sometió á su autoridad el Egipto y la Siria, despues de haber obligado á sus hermanos y á sus sobrinos á que reconocieran su soberanía. La cuarta cruzada y la fundación del imperio latino en Constantinopla fueron de funestas consecuencias para los cristianos de la Palestina; porque despues desde entonces un gran número de cruzados prestaban servicios en los ejércitos de los emperadores de Constantinopla, en vez de irse á la Tierra Santa, verdadero fin de los cruzados. Los ejércitos que allí llegaron de tarde en tarde, no pudieron libertar á Jerusalem de manos de los turcos, especialmente por las divisiones que continuamente había entre los mismos cristianos. Las circunstancias eran, sin embargo, fa-



vorables á éstos; porque los hijos de Malec-Adel se habian dividido sus estados á su muerte, y se hacian continua guerra. El emperador Federico II, acompañado de poca gente, y excomulgado como estaba por Gregorio IX. llegó entonces á la Palestina: los turcos concluyeron con él un tratado y le cedieron la ciudad de Jerusalem, con la condicion de no levantar fortificaciones. Diez años despues de su marcha cayó Jerusalem nuevamente en poder de los musulmanes: la entregaron, sin embargo, otra vez á Ricardo de Cornuailles, hermano del rey de Inglaterra, Enrique III, que arribó á la Palestina, al frente de un numeroso ejército. Pero los turcos cosesaresmianos, á quienes habian expulsado los mongoles de su patria, redujeron la Palestina á un verdadero desierto, y destruyeron á Jerusalem despues de haber destrozado las fuerzas reunidas de los cristianos y musulmanes en la sangrienta batalla de Gaza. Los cristianos estaban ya á punto de perder sus posesiones de la Palestina, cuando San Luis resolvió llevarles socorros.

San Luis resolvió atacar desde luego al sultan de Egipto, enemigo más peligroso de los cristianos. Desembarcó en Damietta, tomó esta ciudad y marchó sobre el Cairo. Pero habiendo los turcos roto los diques del Nilo y los canales, envueltos el rey y todo el ejército por las aguas, se vieron obligados á entregarse á discrecion. San Luis, hecho cautivo, opuso una tenaz resistencia y firmeza inquebrantable á las instancias de los musulmanes, que querian obligarle á abrazar el islamismo. Alcanzó al fin su libertad y la de sus principales señores entregando Damietta y pagando una fuerte suma de dinero. Se embarcó por último para la Palestina, donde permaneció por espacio de cuatro años, continuamente ocupado en arreglar las discordias de los cristianos y en fortificar ciudades marítimas. Despues de su partida, la Palestina fué invadida á la vez por los mongoles y mamelucos, antiguos mercenarios de los sultanes de Egipto, que se habian hecho dueños de este último país despues de la muerte del sultan Malec. Los mamelucos derrotaron á los mongoles en una sangrienta batalla; se apoderaron de las principales ciudades que po-

seian todavía los cristianos. San Luis emprendió entonces una segunda cruzada: pero fué á morir en frente de Túnez (África), donde habia acudido á petición de su hermano Carlos de Anjou, rey de Nápoles y de Sicilia, y llevado de la promesa que habia hecho el sultan de esta ciudad de abrazar el cristianismo. El príncipe inglés Eduardo, hijo de Enrique III, habia acompañado al rey de Francia hasta Túnez; de aquí se fué á la Palestina, pero nada pudo hacer para detener la rápida decadencia de la dominacion cristiana. Los mamelucos expulsaron de allí á los mongoles y se apoderaron en seguida de las ciudades de Laodicea y de Tripoli. Despues de la muerte de Acon, abandonaron los cristianos sus últimas posesiones de la Palestina y se retiraron á la isla de Chipre.

La influencia civilizadora de las cruzadas fué muy grande. Ellas sirvieron para preservar á la Europa de la invasion de los turcos seldjucidas, quienes viéndose obligados á defenderse en Asia, no pudieron pensar en dirigir sus armas contra Occidente, donde el imperio griego no hubiera tardado en sucumbir bajo sus rudos ataques.

Reunidos en torno del estandarte de la cruz todos los pueblos cristianos de Europa, establecieron las cruzadas entre ellos un gran vínculo de union y debilitaron las rivalidades nacionales, origen de tantas guerras. Las cruzadas contribuyeron tambien poderosamente á la trasformacion del régimen feudal y al establecimiento de las monarquías regulares, á consecuencia de la marcha para Oriente de un gran número de señores.

Los comunes, libres de la autoridad de sus señores, pudieron desenvolverse rápidamente. Las frecuentes relaciones que se establecieron entre Oriente y Occidente, dieron un gran impulso al comercio, en tanto que la industria de Europa utilizaba las invenciones tan variadas de los árabes. Las ciudades marítimas de Italia y las grandes ciudades de Alemania y de Bélgica, fueron principalmente deudoras de su prosperidad al movimiento comercial é industrial provocado por las cruzadas. Las ciencias naturales, y especialmente la medicina, así como las ciencias históricas y geográficas, se des-



arrollaron, gracias al contacto de los occidentales con los sabios árabes y á los viajes emprendidos por las comarcas hasta entonces casi desconocidas. Las cruzadas, aun cuando no se tuviera en cuenta el espíritu religioso que las animaba y fué causa de emprenderlas, produjeron inmensos beneficios para la civilizacion.

El imperio fundado en Constantinopla por los señores belgas, franceses é italianos en union con los venecianos, no pudo consolidarse; su organizacion interior no tenia unidad política, y los griegos detestaban sus nuevos señores, que estaban además siendo el blanco de los ataques de los búlgaros y de los emperadores griegos de Nicea. Boduino I no disfrutó más que un año de la dignidad imperial; cayó en manos de los búlgaros en una batalla que él les libró cerca de Andrinópolis, y murió prisionero. Su hermano Enrique, que le sucedió, concluyó la paz con los búlgaros y extendió su dominacion sobre una gran parte de las provincias griegas de Europa; la decadencia del imperio latino comenzó á su muerte. Como no habia dejado sucesion, tuvo por sucesor á su cuñado Pedro de Curtencis, que habia sido designado por él para que le sucediese. Éste pereció en tanto que él volvía á Constantinopla, y Roberto no pudo restablecer su autoridad sobre el imperio, sobre la Macedonia y sobre una parte de la Grecia, donde el príncipe griego Teodoro habia tomado el título de emperador y establecido su residencia en Tesalónica. Á su muerte, el imperio latino se hallaba reducido á la ciudad de Constantinopla y á algunas comarcas de la antigua Tracia. Ni la actividad de Juan de Briena, que fué desde luego elevado al trono, ni los socorros que Boduino II, hijo de Roberto y sucesor de Juan de Briena, alcanzó de los príncipes de Occidente, no fueron bastantes para salvar el imperio. Los emperadores griegos de Nicea, que habian reunido bajo su cetro el imperio griego de Tesalónica,

entraron al fin en Constantinopla sin hallar resistencia. Boduino II se refugió en Occidente, y el imperio dejó de existir.

El imperio griego, fundado en Asia Menor por Teodoro Lascaris I, yerno del emperador Alejo II, que habia tomado por residencia la ciudad de Nicea, no tuvo grande extension y se vió amenazado por dos enemigos á la vez, los emperadores latinos de Constantinopla y los sultanes turcos de Iconio; pero Lascaris I, príncipe valeroso, rechazó á sus enemigos y extendió su dominacion sobre la parte occidental del Asia Menor. Su yerno, Juan Ducas Vatatzes, que le sucedió en el trono de Nicea, pensó reconquistar las provincias europeas del antiguo imperio griego, y atacó á Constantinopla. Rechazado por Juan de Briena, dirigió sus armas contra el imperio griego de Tesalónica, y le sometió á su cetro. Habiendo estallado en Nicea despues de su muerte algunas revoluciones, Miguel, que pertenecía á la antigua familia noble de los Paleólogos, se aprovechó de ellas para apoderarse de la diadema. Despues de poner fin al imperio latino, Miguel VIII reedificó á Constantinopla, que en gran parte estaba ya en ruinas. Esta ciudad se levantó, gracias al regreso de las familias nobles refugiadas en Asia Menor. Concluyó una alianza con los genoveses para combatir con sus socorros á los venecianos. Pero descontentó el clero griego cuando declaró querer someterse á la Santa Sede. Nuevas discordias estallaron entonces, que duraron hasta la muerte del emperador. Su hijo Andrónico II rompió de nuevo con la Santa Sede, y renovó así el cisma griego. Durante su reinado, los turcos otomanos fundaron un imperio independiente en el Asia Menor, y comenzaron contra los turcos aquella larga serie de guerras, que debian dar por resultado siglo y medio más tarde la destruccion del imperio griego de Constantinopla.